Delgado, Jose Maria
Haz lirico

Año I — Montevideo, Setiembre de 1920 — Núm. II.

José María Delgado

POESÍAS ESCOGIDAS

HAZ LÍRICO

SELECCIÓN LITERARIA

PEQUEÑAS ANTOLOGÍAS

Dirigidas por MANUEL DE CASTRO

Asdrúbal Delgado
Abogado
Convención y 18 de Julio

Ricardo Elena
Cirujano - Dentista
Lavrlleja, 1794

Luis J. Cabral
Cirujano - Dentista
Paysandú, 1346

Emilio Frugoni
Abogado
18 de Julio, 979

José Lanziani
Sastre
Andes, 1194

Pedro B. Pinto
Escribano - Público
Solís 1437

Inés B. Luisi
Doctora
Consultas a las 14 horas
18 de Julio, 1648

Miguel Rienzi
Escultor
Estudio: 25 de Mayo 230

IDIOMAS
Alemán, Inglés y Francés
Cursos $ 3. Individuales $ 6
H. LUIS MULLER
San José, 830 Escritorio 2

FARMACIA URBANA
ALBERTO RAMPINI
DURAZNO, 2163
Frente al Boulevard España

Las pecas y manchas de la cara desaparecen radicalmente usando la pomada preparada por esta Farmacia.
Usela y se convencerá.

Santín C. Rossi
Médico
Colonia de Alienados S. Lucía

Domingo L. Almirati
Cirujano - Dentista
Treinta y Tres

CONSULTORIO DENTAL
Bruno y Rodríguez
Treinta y Tres

SELECCIÓN LITERARIA



JOSÉ M.ª DELGADO

JOSÉ M.ª DELGADO

«El Relicario», único libro publicado hasta el momento por el señor José M. Delgado, ha bastado para difundir su nombre con saneados prestigios, tanto en los círculos intelectuales del país como en los del extranjero. Si bien es cierto que su iniciación en el mundo de las letras data de algunos años, la obra núcleo de este poeta, aparece contenida en el libro mencionado que resume sus características más esenciales.

De espíritu inquieto y proteíco no ha podido sustraerse a la evolución literaria de este último ciclo, dejando atrás la nota romántica, que cultiva con indiscutible acierto, pero que no se aviene al estado de la psiquis moderna tan dinánica, profunda y complicada. Naturaleza, francamente emocional está sujeta a todas las oscilaciones inherentes al plano en que actúa, ostentando su obra, con este motivo una gran variedad sentimental.

Sus expresiones son familiares y por lo tanto

están exentas de ese vano rebuscamiento a que nos tienen tan acostumbrados ciertas tendencias literarias. Por otro parte, la gran musicalidad de sus versos contribuyen a realzar los motivos del poeta para quien:

> La canción es al alma lo que el fuego
> Es al calor y la pasión al nido...

Hay tal multiplicidad de ritmos en « El Relicario » que dan al libro un carácter esencialmente eufónico sin querer decir por ésto que el talento poético del señor Delgado se haya circunscripto a este solo medio de manifestación. El sentimiento inspirador es siempre el resultado de un proceso íntimo en donde el poeta coordina las sensaciones, para trasmitirlas luego en toda su plenitud musical. Sensitivo en grado sumo, el autor de « El Relicario » no necesita buscar motivos exteriores para verter las armonías de su Estro; sino que bástale con la exteriorización de sus propias emociones. Unase a esta cualidad psíquica el don d. la música y se obtendrá la representación de un poeta íntegro.

Decía Goethe; « Antes de disponerme a escribir siento primero una gran predisposición musical ». Este aserto del bardo alemán viene a reafirmar plenamente el rol primordial que representa en la poesía, la música de las palabras. Así lo ha comprendido nuestro poeta al ofrendarnos su « Re-

licario», que es toda una fiesta del sonido...
Los sentimientos que más prevalecen en su libro son el amor y la ternura. Delgado es ante todo un poeta de la intimidad y por lo tanto su canto procede del corazón. Frente a la ideología de Walt Whitman, exclama:

> De esta pobre alma, que solo decir sabe,
> Cosas ingenuas donde su vida canta o llora,
> Y que nunca ha sentido más que el temor del ave,
> Frente al triunfal estrépito de la locomotora.

Y luego en un rapto de convencimiento define su tendencia:

> Para mí, el desarrollo y la inmortalidad,
> Y la transformación y la continuidad,
> Y todas las mayúsculas de tu religión:
> No valen una sola gota del corazón...

Como puede verse, por los versos transcriptos este poeta no ha querido emular ciertas orientaciones que podrían violentar la naturaleza de su alma sensible, prefiriendo por el contrario auscultar sus propias emociones para cantar con verdadera emoción y sinceridad artística.

EL INCENDIO

(Inédita)

Pavoroso y magnífico el incendio dilata
Bajo el cielo profundo su penacho escarlata.

¡Ay de los lentos bueyes!... corrieron sin sosiego
Mas ya hostiga sus ancas el aguijón del fuego.

Y, más dignos de lástima, el árbol y el granito
Que no pueden siquiera dar un paso, ni un grito.

Aves: solo vosotras podéis mirar impávidas...
Las alas, más ligeras son que las llamas ávidas.

Pavorosa y sublime bajo el cielo profundo
La vida es un penacho ardiendo sobre el mundo.

¡Ay de las almas túmidas y de las tardas greyes!
Concluirán abrasadas lo mismo que los bueyes.

Hombre de miembros ágiles, intrépido y prolífico,
Verás como los pájaros el incendio magnífico.

Y tú, pálido espíritu donde enraizó la duda,
Como el árbol inmóvil, como la roca muda.

AGUAS ABAJO

(Inédita)

El alma se me ha puesto parsimoniosa y cauta.
Siempre a las libres auras ama tender su vela.
Mas hoy sabe temer y por seguir la estela
Olvidan el paisaje sus ojos de argonauta.

Ya no es aquel alegre peregrinar sin pauta,
Aquel claro optimismo que de nada recela:
Hoy pienso, indago, y mientras la duda me encarcela,
Dejo que el polvo medre sobre mi tierna flauta.

Puedo llenar de rosas mi vaso todavía,
Mas el agua revela su irremediable estría.
Y ¡amor! si a tus dominios en busca voy de paz

Es con esa amargura del principio exilado
En cuyo viejo alcázar solamente le es dado
Penetrar al abrigo de un grotesco disfraz.

COMPENSACIÓN

(Inédita)

La senda que he seguido fué, sin duda, tortuosa.
Tuvo sombríos túneles y auroras cristalinas.
Mis más altos castillos ví convertirse en ruinas,
Mas luego en cada grieta me floreció una rosa.

Así fueron andando mis plantas peregrinas.
Y esta enseñanza guardo de la ruta azarosa:
Que no hay aurora exenta de sombra dolorosa,
Ni noche en que no brillen estrellas diamantinas.

Cuando triunfales sones exaltan nuestra marcha
Hay siempre algún almendro cubierto por la escarcha.
Cuanto más calla el bosque bajo la noche densa,

Más claros sus arpegios el ruiseñor dispensa. . .
Demos gracias al sabio que nos hizo de modo
Que ni sombra ni luz nos envuelvan del todo,

SI, NO. . .

(Inédita)

Salí con mi desengaño,
Torvo cual un ermitaño.

En el confín de la noche
El alba abría su broche.

Herida en el corazón
Por la más negra traición,

Esto preguntó mi alma:
No encontraré más la calma

Que de mis senos huyó? . . ,
Y todo le dijo no.

Mas tenía tal frescura
La yerba de la llanura,

Que, olvidando la querella,
Invitaba a andar por ella

Con el pie descalzo. Así
Un largo rato corrí.

Luego otra vez pregunté:
La dicha que se me fué

No volverá más a mí?...
Y todo me dijo sí.

MI AUTOMÓVIL

El silbar de su bocina
Me alucina.
Es un épico tambor
Su motor.

Dócil, debajo mi guante
Va el volante;
A mis pies, firmes, serenos,
Van los frenos.

Sobre su *capot*, — diseño
De mi ensueño, —
Llevo un águila plateada
Desplegada.

Y alumbrándome el sendero
Tricionero,
Van los grandes ojos claros
De sus faros.

El me enseñó a ser audaz
Y, además,
A tener confianza en mí,
Porque sí.

Cuando, — el jockey dado vuelta —
Rienda suelta
A sus corceles de acero
Doy: primero,

Como un león herido, ruge;
Después, cruje;
Y, con ímpetu de fuego,
Parte luego.

Sobre mi rostro, violento
Pega el viento,
Cual si envidia a mi carrera
Le tuviera.

Se alza airado el polvo al verme,
Pero, inerme,
Lo arroja mi marcha audaz
Para atrás.

Y la gente a quien mi audacia
No hace gracia,

Vuelve, a mi paso, espantada,
La mirada.

Veo a la muerte patente
De repente
Que en un recodo me acecha
Con su flecha.

Mas no tiemblo y, altanero:
Más ligero,
— Digo a la máquina mía —
Todavía.

Y ella corre con tal tren
Que no bien
A las cosas he mirado,
Ya han pasado.

Y con más violencia atruena
Su sirena,
Redobla con más furor
Su motor;

Y en tanto el ímpetu crece,
Me parece
Que el águila, estremecida,
Cobra vida,

Que hacia el limpio azul del cielo
Tiende el vuelo,
Y entre sus alas, absorta,
Me transporta.

HIELO

Tiene que estar la vida quieta como la muerte
Y dentro de mi alma, como un lebrel tenaz,
Buscarte mucho tiempo para que pueda verte
Entre las densas brumas donde sepulto estás.

Durante largos años me acongojó tu suerte
Y al hallarte tan frío, tan solo, en esa paz,
Apretaba a mi pecho tu pobre pecho inerte
Y te decía: espera, que al fin despertarás. . .

Y el cielo, a cuyos ámbitos mi esperanza volvía,
Era como una patria donde soñaba un día
Eternizar tu vida tan bella y tan fugaz. . .

Mas hoy, a qué buscarte, pobre amor, si hasta el cielo
Me dice: nada aguardes, soy sólo un frágil velo.
Lo que en la tierra muere no resucita más!

DOLOR

Busqué, busqué, busqué. . . Tras una fuente anduve
Cuyas linfas me dieran nueva fé, nueva vida.
Cuando quedó mi carne de tanto andar vencida
Sutilizé mi espíritu hasta trocarlo en nube.

Subí, subí, subī. . . Sobre la cumbre estuve
Donde las aves próceres levantan su guarida.
Y más alto: en la clara montaña presentida
Donde tan sólo el vuelo de la plegaria sube.

Y como sin hallarlas tornara el alma mía
Rompí todas las ánforas que en su interior había
Y luego, inmensamente, lloré, lloré, lloré. . .

Y cuando entero en lágrimas se abrió mi cuerpo magro
Me sentí, — ¡ fueron ellas las linfas del milagro ! —
Todo limpio de sombras, todo nuevo de fe.

PEGASO [1]

Y así fué que de pronto rompió el silencio cruel,
El relincho sonoro del celeste corcel;
Y, ebrios de todo cuanto niega la tierra avara,
Corrimos hacia donde su presencia anunciara.
Ansia noble inflamábalo. Los cascos, relucientes
Como metales puros, golpeaban impacientes
De ascenciones azules, los plebeyos rastrojos;
Mil ímpetus crispaban sus alas, y los ojos,
Llenos de augustas llamas, fijábanse en el cielo
Como buscando un signo para lanzarse al vuelo.
Así lo contemplábamos en éxtasis devoto. . . .
Y como, cuando viera que en el azul remoto
La tarde, sublimando su minuto postrero,
Sobre sus altos mástiles enarboló el lucero,
En arranque fogoso se aprestara a subir,
Sobre su fuerte lomo decidimos partir.

---

(1) Prólogo escrito para la revista del mismo nombre.

Hacia dónde? . . . hacia donde nos lleve su albedrío.
Nunca de brida esclavo fué su celeste brío,
Ni precisó de espuelas su poderoso ijar.
Libre, como los vientos, debe ser su volar.
La senda que se siga nada importa. No esfuma
Al pleno sol de Hugo, la Verlainiana bruma;
Y la silvestre flauta pastoril es hermana
Del mármol que cincela la rima parnasiana.
Dan la misma embriaguez en copa desigual
El champagne de Darío y el vino de Mistral;
Hasta el absurdo es bello si lo ilustra Pegaso:
Lo que vale es el zumo, no la forma del vaso.
Doctrinas son cendales de diferente tul,
Mas es una sola el alma y una la patria azul.

Liróforos de América, tal es nuestro estandarte:
La vida para el arte y el arte por el arte.
No temáis ir estrechos en este viaje astral,
Para todos hay sitio en el lomo inmortal.
El que de los ensueños ame gustar la miel
Tiene un puesto en la grupa del lírico corcel;
Quien del Pájaro Azul sienta en su pecho el trino,
Junte al excelso coro su arpegio cristalino;
Venga a nos quien herido por el ambiente hostil,
Azula sus silencios en torre de marfil. . .

Probemos que aún perdura la vibración de Orfeo,
Elevemos, ¡oh hermanos! cual divino trofeo

Nuestro soñar intenso, nuestra pura canción,
Y el que quiera otorgarnos el más alto blasón,
Aquel que hasta la hipérbole vernos quiera exaltados,
Que nos tilde de ilusos o desequilibrados. . .

He aquí que Pegaso ya se alejó del suelo.
Ya nos embriaga el éxtasis, ya nos arroba el vuelo.
Sean las Musas propicias a este viaje pristino.
Y si nos hiere el vértigo a miiad del eamino,
Si es fuerza, ¡oh soñadores! caer sin alcanzar
El lucero remoto que soñamos hollar,
No importa! . . . quedará, como un rastro de oro,
Flotando sobre el aire nuestro ensueño sonoro,
Y otros vendrán que guiándose por nuestra noble huella
Ascenderán al fin a la deseada estrella.

¡Caer no es nada, si el alma contempla estupefacta,
Muerto el vigor del músculo, a la quimera intacta!

LOS VIEJOS DEL ASILO

Con el bastón, con la bufanda,
Con la pipa—su dulce amor—
Recostados en la baranda
O en la pared del corredor,
Cuando, en invierno, desde lejos
El sol, divino pescador,
Tiende sus aureos aparejos,
Mudos, sonámbulos, perplejos,
Tal como cosas ya sin rol,
Los pobres viejos
Tuestan sus ánimas al sol.

Son los viejitos del Asilo
Cuya vida parece estar
Suspensa apenas por un hilo
Que el menor golpe va a quebrar,
Endulzando su desconsuelo
Con la divina miel solar

Allí se encuentra aquel abuelo
Cuya chochez en el hogar
Hastiaba al mismo pequeñuelo...
Y está el mendigo secular
Cuya rotosa vetustez
Todos vimos alguna vez,
—Despertando la mofa ruin
De los chicuelos del confín,—
Por los senderos vacilar;
Hasta que al fin,
En una noche de hondo duelo,
Adurmiose mirando al cielo
Sobre un umbral de la ciudad
Y desde el suelo,
Ya casi témpano de hielo,
Lo recogió la caridad...

Cuando el alegre sol los llama
Al corredor con sus reflejos
Están así, mudos, perplejos,
Los pobres viejos
Que ya en el mundo nadie ama.

Forman parte en la yerma fila
Viejos de toda procedencia,
Pero hoy nada los diferencia.
Todos tienen en la pupila
El mismo impávido fulgor,

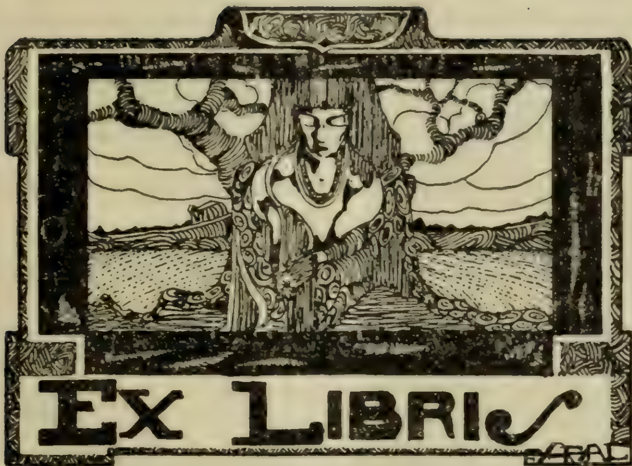
En las manos igual temblor,
Igualmente doblado el busto,
Y de sus almas mortecinas
Brota esa especie de halo augusto
Que hace hermanas todas las ruinas.
Tan uniforme es hoy su anhelo
Como su burda ropa gris.
Su patria ya no está en el suelo,
Son ciudadanos de un país
Que no existe en la geografía,
Patria infinitamente fría,
Donde todo lo que se advierte
De tal modo está sosegado,
Que parece como bloqueado
Por los glaciares de la muerte.

Con el bastón, con la bufanda,
Recostados en la baranda
O en la pared del corredor,
Mientras tiembla la pipa amada
Entre sus labios sin color,
La mirada ya casi ciega
Ora, cual náufrago bajel,
Por el espacio azul navega,
Sin dirección determinada,
Ora queda como clavada
En una piedra ... en un papel ...
¿Sueña, acaso, el que mira al cielo?

¿Es que añora el que observa al suelo?
No... Ya tan floja está la cuerda
Que no puede hacerla vibrar
Ni la dicha que se recuerda
Ni el espejismo de un soñar.
Está el alma en su pecho antiguo
Como un ave petrificada,
Para ellos es todo ambiguo
O mejor dicho, todo nada.
No florece entre sus escombros
Ni una ilusión, ni una esperanza.
Ellos no anhelan más tesoro
Que el de sentir sobre sus hombros
Esas sutiles redes de oro
Que el pescador divino lanza.

Y, prodigando su arrebol,
Hoy el buen sol
De ingenua dicha al grupo anega.
Su luminosa risa franca
Como un travieso nieto juega
Con la flotante barba blanca.
Con la pupila casi ciega
Y el viejo siente
Que aquel mimo su pena arranca
Y la dispersa dulcemente,
Como él arranca y se disipa
El humo negro de su pipa.

Tal vez mañana ¡sol de invierno!
Tres o cuatro de los que ahora
El fuego tierno
De tus rayos calienta y dora,
(Pobres viejos abandonados
Cuya muerte ninguno llora)
Estarán del todo helados.
A esos brindales hoy completo
El consuelo de tu tesoro.
¡Oh sol de oro!
Tu que eres el úuico nieto
Que visita su desamparo,
Y nn rayo claro
Aún de su seno oscuro arrancas
Cuando traviesamente juegas
Con sus flotantes barbas blancas
Y sus pupilas casi ciegas!



SELECCIÓN LITERARIA

PEQUEÑAS ANTOLOGÍAS

DIRIGIDAS PON MANUEL DE CASTRO

Biblioteca "SELECCIÓN LITERARIA"

"PEQUEÑAS ANTOLOGÍAS"

DIRIGIDAS POR

MANUEL DE CASTRO

Secretario: Julio Cacheiro Castro

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

Número suelto	$ 0.15
Trimestre	» 0.40

Cuaderno próximo:

POESÍAS NUEVAS

Por EMILIO FRUGONI

(Estudio de Wifredo Pi)